

El Café Alí Babá

Walter Garib

SEPARATA DE

ISSN: 1136-9256.

<https://idearabia.es>



Editorial CantArabia

© Copyright y propiedad intelectual.
Reservados todos los derechos.
Los respectivos autores, traductores, editorial.

Aviso de copyright



(Atribución, No comercial, Sin Derivados)

Esta publicación de Idearabia está amparada por una licencia Creative Commons [CC BY-NC-ND 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/).
Se permite el uso de sus artículos siempre que se cite la fuente completa, no se altere el contenido y el uso destinado sea de carácter no comercial.

This work by [Idearabia](https://idearabia.es)
is licensed under [CC BY-NC-ND 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

NARRATIVA

Cuento inédito, por el destacado escritor chileno Walter Garib.

El Café Alí Babá

Walter Garib

En una novela de aventuras, cuando Samir tenía alrededor de 15 años, leyó que en la ciudad de Jerusalén, había un café llamado “Alí Babá”. Ahí asistían cuentistas a narrar historias de las Mil y una Noches. Treinta años después, viajaba a Palestina en su calidad de escritor y periodista, a entrevistar al poeta Mahmud Darwish. Pensaba escribir una crónica sobre el mítico café y como disponía de un fin de semana libre, antes de realizar la entrevista, se planteó la misión. En el aeropuerto de Haifa, se proveyó de abundantes mapas de turismo, y se lanzó a la aventura de conocer ese país, de donde eran sus abuelos.

Cada rincón lo seducía y dominado por la obsesión de ese café, el cual debería ser famoso, arribó una tarde a Jerusalén. Había buscado en sus mapas el mentado café, sin hallar indicios. Los había en infinidad de otros lugares, donde se ofrece el brebaje de un sinfín de países, pero no existía el “Alí Babá”. Tal situación lo acongojaba, pues durante años soñó con el paraje, donde pensaba concurrir a beber café y conocer escritores de la región. Bien podía tratarse de un lugar inventado, pero Samir insistía en su proyecto.

Como hablaba un buen árabe, aprendido de sus abuelos, preguntó a un vendedor de agua, quien dijo no haber oído jamás hablar de ese café, sí del cuento: Alí Babá y los 40 ladrones de “Las mil y una noches”. En cambio, le recomendó que fuese a investigar a una oficina de turismo, que se hallaba a metros de ahí. Samir empezaba a dudar de la existencia del misterioso café y dedujo que el novelista lo había inventado para enriquecer su historia. Claro, como inventan de todo: ciudades, calles, montañas, países, personajes, historias que nunca han sucedido y se empeñan en confundir al lector para atraparlos en las redes del texto, empezaba a suponer que el café Alí Babá era leyenda.

En la oficina lo atendió un viejo, porque si se hallaba en el Jerusalén viejo, por principio debía serlo. Usaba barba de sufí, turbante, babuchas y su indumentaria correspondía a un genuino habitante de esa ciudad de Palestina. Dijo llamarse Abdul y haber nacido en el pueblo de Beit Sahour. Manifestó tener cierta información del café Alí Babá. Alguien de su familia que escribía cuentos y había muerto esa primavera, siempre le hablaba del lugar, donde había asistido en varias ocasiones. Ahora, si Samir deseaba visitarlo, debía acreditar su condición de escritor. No cualquiera podía concurrir al café, situado en una calleja intrincada, cerca del Monte de los olivos. El Alí Babá existía desde

cuando los mercaderes que recorrían la región descubrieron la planta del café en Abisinia, hacia el siglo XV de nuestra era. El local abría a las nueve de la noche y cerraba al amanecer. Abdul comentó que siempre debían ser 40 los asistentes, dirigidos por un maestro, de ahí la necesidad de inscribirse en forma anticipada. Le hizo un dibujo en una hoja de cuaderno, donde le indicaba el sitio y le deseó suerte.

Como empezaba a oscurecer, Samir buscó un restorán donde cenar. Había varios en el sector y al fin se decidió por uno, donde ofrecían comida típica del país. Era pequeño, íntimo, atendido por dos hermanos que hablaban inglés y un castellano aprendido en el sur de España. Dijeron haber estudiado en ese país y regresaban a Palestina. Sus padres habían muerto y el restorán quedaba abandonado. Samir preguntó si algo sabían del café Alí Baba, pues necesitaba conocer otros antecedentes del lugar. Los hermanos se miraron sorprendidos y uno de ellos comentó que ese café al parecer existía, de acuerdo a historias transmitidas en forma verbal, sin embargo, otros creían que se trataba de un mito.

—En esta ciudad milenaria —anunció, mientras se acariciaba la barba— todo es posible. Nos hemos enterado, por un poeta del barrio, que abre si hay luna llena y la tendremos este fin de semana.

Samir, atiborrado de dudas, regresó al hotel. Aquellas informaciones sobre el café Alí Babá, parecían ser leyendas destinadas a endulzar su curiosidad y fascinar a los turistas con historias recogidas de la literatura de la zona. Al alba despertó al escuchar el llamado a la oración del *fajr*, y decidió levantarse, para dar inicio a sus actividades de la mañana. Escribir algunas notas sobre Jerusalén. Desayunó aprisa y al momento de buscar la hoja con las indicaciones que le había entregado el viejo Abdul, no la encontró. En vano revisó una y otra vez sus ropas. Esa contrariedad lo hizo dudar de todo, sin embargo, decidió regresar a la oficina de turismo.

Justo la abrían cuando se asomaba por ahí, sin embargo, quien la atendía era un hombre de mediana edad, acompañado de un muchacho, encargado del aseo. Le preguntó por el viejo Abdul y la respuesta lo desconcertó. Esa persona había muerto hacía años.

—Yo vine ayer aquí y él me atendió.

—Recuerdo muy bien haberlo visto a usted ayer, pero se dedicó a observar el mapa de la ciudad y a tomar notas en una libretita.

—Lo que usted asegura, algo tiene de verdad, pero al final hablé con Abdul, que me dio instrucciones de cómo llegar al café Alí Babá.

—¿Habló con Abdul y le preguntó por el café Alí Babá? Ha de saber señor, que ese café funcionó hasta 1900 y a causa de un incendio, cerró sus puertas. Lo quemaron los turcos, que en esa época dominaban Palestina y lo subyugaban, empeñados en borrar nuestras tradiciones. Ahí se reunía la intelectualidad del país y personas a conspirar en contra del Imperio Otomano.

—Nada sabía de lo que usted refiere.

—No es usted el único que pregunta por el café Alí Babá. Ahora que estamos en 2000, ha transcurrido la friolera de 100 años. Hay quienes aseguran que todavía funciona en secreto, dirigido por una hermandad, pero esta información podría no ser verdadera.

—Imagino que usted podría indicarme el lugar donde se ubicaba, y así lograría verificar con mis propios ojos que ya no existe.

—Le voy a ayudar, pues usted parece una persona interesada en la historia de Jerusalén y eso me complace. El café Alí Babá estaba en la esquina de las calles Califa Abdala Bin Sarah y el poeta Maddi el tuerto, subiendo por la explanada de las Tres viudas.

—Gracias por su información.

—Le aconsejo ir temprano, mientras alumbre el sol. Se trata de un sector de infinidad de recovecos, calles ciegas y bien podría extraviarse en ese laberinto. A metros de ahí, hay un cementerio musulmán, que le servirá también de orientación. Que Alá ilumine su camino.

Luego de recorrer Samir el sector, pues había visto hermosas construcciones de piedra del siglo XIII, regresó al hotel. En la conserjería le informaron que el poeta Mahmud Darwish lo había llamado por teléfono desde Londres, y antes de cenar, lo volvería a hacer. Minutos antes de las nueve de la noche, Darwish volvió a llamar por teléfono, pues aún no podía regresar a Palestina, debido a compromisos con poetas ingleses, pero bien podía hacerlo en cualquier momento.

—Este viernes, Mahmud, pienso ir a visitar lo que fue el café Alí Babá, del cual supongo que usted ha oído hablar.

—No puede llamarse escritor quien nada sabe de ese misterioso café. Le recomiendo, Samir, que debe ser cauteloso si concurre al lugar. Me han referido colegas, que a veces alguien lo hace funcionar. Ahora, si usted prefiere, lo acompañaría a visitarlo cuando regrese a Jerusalén.

—Gracias Mahmud; igual iré a verlo, porque no puedo dominar la curiosidad.

Samir, ese fin de semana, mientras empezaba a oscurecer, y en el cielo la luna llena mostraba su majestuosidad, se dirigió al sitio donde había funcionado el café Alí Babá. El lugar no se hallaba lejos de su hotel. Igual preguntó a dos o tres transeúntes, dónde estaba la esquina de las calles Califa Abdala Bin Salah y el poeta Maddi el tuerto. Entre una y otra indicación, arribó al lugar después de caminar alrededor de media hora, utilizando atajos.

Como se lo habían advertido, ahí existía una construcción de piedra de un piso y por su aspecto, parecía abandonada desde hacía infinidad de años. Desde ese sitio podía ver el cementerio musulmán que se halla en una pendiente. Se aproximó a la puerta, por si encontraba una rendija y podía observar su interior. Mientras lo intentaba se acercó un hombre de profusa barba, vestido a la usanza de la región, quien dijo llamarse Tarik y le preguntó si esa noche estaba invitado al café.

Samir mostró perplejidad y en breves palabras, comentó su condición de escritor y periodista y que había venido a Palestina a entrevistar al poeta Darwish.

—Nosotros admiramos al poeta Darwish, aunque él nunca ha venido por estos lados. En cierta oportunidad dijo que asistiría a una reunión, pero han transcurrido años de esa promesa. Como no siempre nos juntamos, su presencia se ha postergado. Esta noche, señor, vamos a abrir el Alí Babá después de meses de haber permanecido cerrado. La luna que ahora podemos contemplar es el mejor acicate para reunirnos y ha sido una hermosa coincidencia, que usted venga a visitarnos. Es bienvenido a nuestra sede. Debemos esperar aquí unos breves minutos, hasta que llegue el encargado de abrir y a quienes van a participar esta noche. Aunque le parezca extraño, con usted somos 40 los cuentistas.

—Me habían comentado, don Tarik, que en 1900 se quemó el café y dejó de funcionar.

—Es verdad, pero estuvo cerrado hasta 1925, y en una reunión entre los cuentistas de aquella época se decidió restaurar el edificio. El incendio, para nuestra felicidad, solo comprometió parte del techo, donde había una bella claraboya, por donde se podía ver la luna, las veces que se efectuaba la tertulia. En meses se realizaron las reparaciones y se volvió a utilizar el recinto. Desde luego, en forma esporádica y dependiendo de los vaivenes políticos.

Minutos después, mientras Samir y Tarik hablaban de literatura, empezaron a aparecer los invitados de esa jornada. Los había de distintas edades, que vestían túnicas y turbantes, aunque había tres que usaban tenidas occidentales. De entre el grupo se adelantó quien portaba una llave de hierro del tamaño de una cuarta y procedió a abrir el local, después de operarla de izquierda a derecha. Ingresó primero al edificio, seguido de dos personas que transportaban, en una carretilla, jarritos de cobre estañado, tacitas de porcelana, un molinillo, azúcar en un frasco de vidrio, cucharitas y café en un saquito de yute. Otra persona, llevaba un cesto con pastelillos de hojaldre, rellenos con nuez y bañados en almíbar. Aquella noche, dedujo Samir, nada quedaba al albur y el encuentro prometía convertirse en una auténtica reunión de narradores del Medio Oriente.

Como el recinto solo permanecía alumbrado por la luna, que se filtraba a través de la claraboya, se encendieron lamparillas de aceite y sobre el recinto se esparció una luz azulada, semejante a un lugar de oración.

—Debemos esperar aquí unos minutos —le advirtió Tarik a Samir— hasta que aparezca el venerable maestro de ceremonia.

Enseguida, los 40 invitados se sentaron a una larga mesa en forma de U. Cruzados de brazos se mantuvieron en silencio, como si permanecieran en un funeral. Desde el exterior, apenas se sentía el paso de un vehículo o el ladrido de un perro. La luna brillaba y cualquiera podía disfrutar al contemplarla, pues se veía desde todos los ángulos del salón.

Al cabo de unos minutos, mientras se mantenía el mudo recogimiento, apareció un fulano vestido con túnica blanca, que llevaba turbante del mismo color. Su barba era larga y blanca como sus ropas, que resplandecían como si fuesen centellas. Se sentó al centro de la mesa en un sillón y mientras inclinaba la cabeza, iba escuchando los nombres que

cada uno de los asistentes expresaba y de donde procedía. Cuando le correspondió el turno a Samir y dijo su nombre, el fulano levantó un brazo y habló:

—Vuestra presencia, colega Samir, enriquece la tertulia de esta noche. Gracias por venir desde tan lejos a conocer nuestra cofradía.

Al concluir la ceremonia de presentación, el personaje vestido entero de blanco alzó la mano por sobre su cabeza. Tres componentes del grupo se pusieron de pie y se ausentaron en dirección a una recámara a preparar el café. En minutos distribuyeron las tacitas sobre la mesa, los pastelillos puestos en bandejas y se desató la conversación.

Samir observaba aquella escena y como se había sentado junto a Tarik, le comentaba que esa parafernalia le producía una sorprendente seducción. Jamás había asistido a un encuentro de aquella naturaleza y por momentos, creía soñar. Después de algunos minutos, llegaba a la mesa el café que se servía en jarritos de cobre estañado.

Mientras la concurrencia hablaba, sorbía el brebaje y comía pastelillos, uno de los presentes se puso de pie y anunció:

—Esta noche, queridos colegas, como es la tradición que se arrastra desde hace siglos, los asistentes van a leer o contar un cuento. A partir de hoy, sin embargo, cada uno de nosotros lo evaluará con una calificación de uno a diez. Modalidad que se realizará solo por esta reunión literaria, al cumplirse hoy 500 años de la fundación del café. A quien obtenga la nota más baja, después de la votación, nuestro jefe, el venerable maestro Abdul Abu Manzur, autor de tantos cuentos como pelos tiene en su barba y cabellera, procederá a cortar la lengua.

Samir despertó bañado en sudor, al escuchar sonar el teléfono. Lo llamaba el poeta Darwish, para informarle que había regresado desde Londres y se hallaba en esos momentos en Jerusalén y lo invitaba a almorzar.

Horas después se reunían en el restorán Scherezada, cerca de la mezquita de Al-Aqsa. El poeta Darwish preguntó a Samir, si había logrado conocer el café Alí Babá, pues deseaba enterarse de si aún funcionaba. De ser así, quería ir a visitarlo en alguna oportunidad, dependiendo de sus compromisos literarios y conferencias, que debía dar en esos meses.

—Anoche —respondió Samir— concurrí al café Alí Babá y debo reconocer que jamás había sentido tanta emoción. Sin embargo, al finalizar la tertulia literaria me iban a cortar la lengua, por haber narrado un cuento que resultó ser el peor valorado. Al final me perdonaban la mutilación, por ser extranjero.

—Me consuela colega Samir, al oírlo hablar. Lamento lo acaecido anoche. No se debe confiar en el mundo de la ficción en esta ciudad milenaria, como usted ha podido enterarse. Perdone mi curiosidad. ¿Y puedo conocer el cuento que narró en el café Alí Babá?

—Este cuento que usted escucha.

© WALTER GARIB